

## El PCE en su etapa eurocomunista durante la transición democrática

Andrea Donofrio

*Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón/ Universidad Complutense de Madrid*

En los años setenta, las circunstancias socio-política y económica de España habían cambiado considerablemente, obligando al Partido Comunista de España a una atenta reflexión sobre que táctica adoptar para la instauración del socialismo en el país. Si durante los años de la dictadura, el PCE deseaba representar el partido de la oposición y, al mismo tiempo, postularse como una alternativa política creíble para el futuro del país, con la llegada de la democracia, el partido esperaba alcanzar el poder. En los años sesenta y setenta, en sus Congresos, en los Comités, realizó algunos cambios estratégicos, buscando la fórmula política que le permitiera, en primer lugar, obtener la legalización del partido tras la muerte de Franco, y, secundariamente, cómo alcanzar el poder por la vía democrática, abogando por el pluralismo y participando a unas elecciones. El PCE decidió apostar por un cambio de postura, adhiriendo al llamado Eurocomunismo, un proyecto político que se proponía como objetivo crear un modelo de socialismo correspondiente a las características del occidente y, por tanto, un tipo de estrategia “revolucionaria” nueva.

Durante la Transición, el PCE se comprometía a respetar el sistema democrático parlamentario, las libertades políticas y el pluralismo. Ya a partir del Manifiesto-Programa de 1975, el PCE confirmaba la “ruptura pactada” y desarrollaba la política del “pacto para la libertad” que, sin prejuzgar el régimen político para España, dejaba esta cuestión para su solución en un marco democrático. En este texto se declaraba que “el socialismo es una fase de transición hacia el comunismo que va superando diversos niveles y que no puede estancarse”, añadiendo, a lo largo de sus páginas, que la única alternativa viable en España era representada por “la democracia y el socialismo”. Según el partido se trataba “pues, de orientarse hacia un modelo de socialismo pluripartidista y democrático en el cual no sólo se conservarán sino que se elevarán a un nivel superior todas las libertades personales y políticas conquistadas en la etapa anterior, un socialismo basado en la soberanía popular expresada a través del sufragio universal” (D. Ibarruri, S. Carrillo, y otros, 1977, p. 194). Desde 1976, el PCE pasaba de la llamada ‘ruptura democrática’ a la llamada ‘ruptura negociada’, fórmula que no hacía más que registrar la necesidad de suavizar sus pretensiones. Pretensiones que después suavizó aún más (puesto que, desde entonces, el PCE aceptó la bandera monárquica para España). Era evidente que el PCE buscaba una nueva credibilidad para alcanzar el poder. La estrategia del PCE resultaba condicionada por la preocupación de quedarse al margen, por el miedo a no ser legalizado. Por eso proponía una “ruptura” no violenta, para acabar, como afirmaba Carrillo, con “las leyes e instituciones fascistas para levantar un Estado democrático”.

En estos años la Historia del PCE se vio caracterizada por eventos de gran importancia, empezando por la lucha por la legalización del Partido, que encontró amplias resistencias de algunos sectores públicos y la abierta hostilidad del mundo militar; el inicio de una controvertida política de consenso del PCE, cuyos principales resultados fueron los Pactos de la Moncloa y la Constitución de 1978, y que demostraron la voluntad del Partido de cooperar por la implantación de la democracia en el país; y las diferentes elecciones –tanto nacionales como autonómicas (en el País Vasco, en Cataluña, en Andalucía...), que demostraron la fragilidad de la ilusión del Partido de representar la alternativa, una opción viable para la toma del poder. Los negativos resultados electorales llevaron al partido a cuestionar su estrategia, a arrinconar apresuradamente la experiencia

eurocomunista e, incluso, a cuestionar su identidad. El eurocomunismo concluyó como un “experimento” atrevido, cuyos resultados se consideraron insuficientes y/o dañinos.

Tras una primera confrontación en agosto de 1980, el V Congreso del Partit Socialista Unificat de Catalunya, el PSUC (paradójicamente la parte más *italiana* del Partido Comunista de España) adoptó posiciones claramente pro-soviéticas, rubricando, a escala nacional, el eurocomunismo del PCE, desautorizando la línea política seguida por el partido: significaba la vuelta a las viejas certezas, a una postura más favorable y menos crítica de la URSS: “lo cierto es que el proyecto de tesis del PSUC contiene una serie de frases, de conceptos, que implican una neta marcha atrás con respecto a posiciones esenciales del eurocomunismo, de crítica la Unión Soviética, que nosotros veníamos remachando desde varios años” (M. Azcárate, 1982, p. 18). Además, reintroducía el leninismo que se había abandonado en el IX Congreso. En la diatriba entre renovadores y *carrillistas*, el secretario del PCE obtuvo una victoria pírrica en el X Congreso (julio 1981), iniciando un proceso de “eliminación” y expulsiones, acompañado por muchos abandonos debido al desencanto. Terminaba el eurocomunismo del PCE mientras el mismo Carrillo salía del Partido.

### El PCE y el eurocomunismo

El eurocomunismo surgió en el medio de una crisis general tanto en el mundo capitalista como en el socialista; se propuso de abordar el tema de la transición y llegada a un régimen socialista como revolución democrática, intentando planear una transformación de la sociedad basada en la “modificación cualitativa de las relaciones entre el consentimiento y la coacción” (R. Bobbio *et al.*, 1978, p. 81). Respecto al “asalto al Palacio de Invierno”<sup>1</sup>, el eurocomunismo buscaba una nueva estrategia, de conquista gradual y pacífica del poder político, mucho más acorde con la complejidad de las formaciones sociales que se habían formado a finales de los años sesenta. El eurocomunismo suponía la vía democrática al socialismo, pero también una concepción del socialismo en libertad y un proyecto de independencia de los partidos y de los Estados, planteando la superación del sistema bipolar que dividía el mundo de entonces. Los tres partidos que dieron vida al fenómeno (el Partido Comunista italiano, el Partido Comunista francés y el PCE) reconocían que no disponían de un “modelo” de referencia a partir del cual construir su propia vía al socialismo, anunciando la creación de vías autónomas. Cada uno a su manera, estos partidos intentaron construir el socialismo en su país, en el ambicioso intento de conjugar socialismo y democracia. Por lo tanto, los tres principales partidos occidentales empezaron a desarrollar una estrategia y una concepción del socialismo común, presentando un programa condicionado por las exigencias nacionales y las posibilidades internas: “programa común” en el caso de Francia, “compromiso histórico” en Italia, “ruptura democrática” en España. A esta *convergencia* se le llamó eurocomunismo.

Volviendo al PCE, uno de los pasos más importante que cumplió el partido en su etapa eurocomunista fue la aprobación del Manifiesto-Programa: se trataba de un acontecimiento de gran importancia ya que el último programa de partido databa 1954, con las correcciones introducidas en el VI Congreso de 1959. La discusión sobre el tema empezó en el verano de 1973 y su aprobación tuvo lugar dos años más tarde con algunas correcciones de estilo y la introducción de pocos párrafos: en el documento, ya estaban presentes los principales elementos del Eurocomunismo y se considera como un paso importante del nuevo camino del partido hacia el socialismo en democracia. La adopción de una estrategia democrática se manifestaba de forma evidente y el Partido hacía profesión de fe a favor de la libertad política de la marcha hacia el socialismo y del fortalecimiento de la democracia.

En vía general, en el texto se consolidaban las adquisiciones semánticas pos-Primavera de Praga, como la identificación obligada del socialismo con la democracia, la consideración de que no fuera posible realizar el proceso al socialismo sin pluripartidismo. El Programa mostraba un cierto equilibrio doctrinal, sin grandes audacias, pero tampoco retrocesos llamativos a la antigua ortodoxia: se obviaba el tema de la dictadura del proletariado, apenas citada, mientras se

---

<sup>1</sup> Símbolo de la conquista del poder por parte de los Soviets en octubre de 1917 y ejemplo de la concepción de “choque frontal”.

confirmaban en el terreno táctico el Pacto para la Libertad y en el estratégico la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Sucesivamente, el tema de la Alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura estuvo presente también en el libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*<sup>2</sup>, definido como “una confederación de partidos políticos y organizaciones sociales diversas, que actuaría por consenso y respetando la personalidad y la independencia de cada organización y partido”. Para el Secretario del PCE, se trataba de crear un “programa mínimo” compartido por los diferentes actores políticos para, a través de una “acción común a diversos niveles”, poder alcanzar “los objetivos compartidos”, respetando la “filosofía o teoría propia de cada partido u organización social que integre la nueva formación” y la “independencia de organización, de vida política propia, de órganos dirigentes”. Según Carrillo, esta formación “no sería ni un súper-partido, puesto que cada cual preservaría, en definitiva, su libertad para auto-determinarse, ni tampoco una simple coalición electoral, ni ocasional” (S. Carrillo, 1977, pp. 130-131).

De todos modos, el Manifiesto-Programa representaba un primer, tímido, intento de crítica del socialismo real y estalinismo, a la vez que se proponía establecer una íntima relación entre la vía al socialismo y la democracia, marcando las diferencias entre socialismo y reformismo socialdemócrata. Su objetivo era presentar una transformación del papel del PCE en vísperas de la muerte de Franco y de los anhelados cambios políticos en el país.

Tras la muerte del dictador, en el Comité Central que se celebró en Roma desde el 28 al 31 de julio de 1976, las palabras de Carrillo mostraban la influencia de los planteamientos del PCI en la nueva estrategia del PCE, sobre todo del pensamiento de Togliatti de unidad nacional en la inmediata posguerra italiana. El Partido Comunista español auguraba repetir los planteamientos que el PCI esbozó una vez terminada la segunda guerra mundial, derrotado el fascismo y emprendida la fase democrática. El PCE entendía que, para convencer las fuerzas políticas españolas a reconocerle y legalizarle, tenía que proclamarse “acérrimo defensor de la democracia” y por eso, abogaba por: 1. la constitución de un gobierno provisional, de “reconciliación nacional”; 2. apertura de un periodo constituyente para convocar las elecciones de una Asamblea encargada de elaborar la nueva Constitución del país; 3. amnistía general para todos los presos políticos; 4. la constitución de Gobiernos autónomos en Cataluña, Euzkadi y Galicia sobre la base de los Estatutos autónomos históricos. Por eso, Carrillo afirmaba que : “la oposición se compromete a garantizar que el cambio democrático se hará en paz civil, sin revanchas ni venganzas; garantizar a todas las familias ideológicas la plena libertad democrática; asegurar el respeto a los derechos del hombre, en su más amplio espectro, incluida la libertad de conciencia y de creencia religiosa; garantizar que las Fuerzas Armadas serán respetadas y fortalecidas para que defiendan la soberanía y la independencia nacional y abrir las puertas de Europa para nuestro país” (S. Carrillo, 1976, p. 13).

La siguiente reunión del Comité Ejecutivo del PCE se celebró en España, por primera vez desde la guerra civil, el 23 de noviembre de 1976, confirmando la estrategia “reformista” del partido y la voluntad de alcanzar un amplio consenso para establecer un régimen democrático. Y si el 1976 se acababa con la detención de Carrillo, el 1977 empezaba con la trágica matanza de abogados en Atocha, acontecimientos que, según el propio Carrillo, favoreció la legalización del partido, que “se impuso definitivamente a raíz del horrendo asesinato de los abogados laboristas de Atocha y de la gran manifestación de duelo en la que la fuerza del PC apareció a la luz del día con tanta firmeza como disciplina” (S. Carrillo, 1983, p. 45)

Tras la primera cumbre eurocomunista de Madrid –que no tuvo la trascendencia que todos esperaban–, el 9 de abril de 1977 tuvo lugar la legalización del PCE, tras una fuerte presión del partido para obtenerla y en un clima de agitación. El partido temía su posible exclusión de las primeras elecciones, considerando esta posibilidad nefasta por varias razones, entre ellas la posible ventaja para los socialistas. El argumento que el PCE utilizaba para presionar su legalización era que la legitimidad de las elecciones estaba vinculada a la participación de todos los partidos políticos, sin discriminación; en caso contrario, se trataba de una violación de la misma democracia. Asimismo, el

<sup>2</sup> El libro de Carrillo fue realmente la primera –y única– publicación sobre el tema, presentando de forma sistemática las características del fenómeno, describiendo la vía democrática para alcanzar el socialismo, dentro de un sistema pluralista y democrático, que profundice las libertades de los ciudadanos. El libro generó gran interés internacional sobre el eurocomunismo y provocó una áspera polémica con la URSS.

partido recordaba que todos los partidos homólogos en Europa occidental eran reconocidos y participaban legalmente a las elecciones.

Para obtener este reconocimiento, el partido se mostraba dispuesto a algunas concesiones que demostrasen su talante moderado y su actitud responsable, aceptando públicamente la vía reformista. En esta fase previa a la legalización, tuvo lugar la famosa cita entre Santiago Carrillo y Adolfo Suárez, donde el presidente del Gobierno se comprometía a legalizar al PCE antes de las elecciones, a cambio de que el Partido aceptase la monarquía de Juan Carlos y la bandera bicolor. Sobre este encuentro se ha escrito mucho: “Adolfo Suárez y Santiago Carrillo, desde aquel día 27 de febrero, se hicieron socios de una empresa (...). La entrevista significó una gran victoria de Santiago Carrillo. Suárez, consciente o no aplicó la táctica que hizo famoso al cachazudo Kutusov frente al arrogante Napoleón: ayudarle a entrar, facilitarle el avance hasta que llegara el momento en que le fuera imposible retroceder sin salir destrozado. Ésta será la grandeza y la miseria de esa larga marcha de Santiago Carrillo”. Probablemente, “sin exageración alguna se puede decir que el Partido Comunista de España decidió su política de manera irreversible el 27 de febrero de 1977 (...) una determinada política que habría de durar hasta la caída de Suárez y que incluso alcanza al 28 de octubre de 1982, fecha que une la victoria electoral del PSOE y la quiebra del PCE y la UCD, la de Santiago Carrillo y la de Adolfo Suárez” (G. Morán, 1986, p. 538). El PCE mostraba su obsesión por no ser aislado, por no ser excluido por los procesos de cambio del momento: por eso, la acción política del PCE eurocomunista estaba finalizada al objetivo de obtener visibilidad y reconocimiento. Sus actos y sus palabras tenían el fin de romper el aislamiento, alcanzar visibilidad pública, buscar protagonismo político y salir de la agujero.

La decisión de posponer el debate sobre la forma de Estado que había que adoptar en España (monarquía o república.) generó mucha polémica y quedó ratificada en el IX Congreso del PCE, celebrado en abril de 1978. En la ocasión, fue descrita como “una decisión responsable”, un “acuerdo político del partido”, afirmando en su segunda resolución, “La política de reconciliación nacional”: “las características del cambio político, si bien difieren en una serie de aspectos de lo previsto por el partido, confirman el acierto de la política nacional de reconciliación nacional y el pacto para la libertad”. Asimismo, se declaraba “la voluntad del Partido Comunista de España de desterrar de nuestro país el clima de intolerancia y fanatismo que tan frecuentemente ha conducido nuestra historia por los derroteros de la guerra civil, se ha expresado en una nueva posición de los comunistas sobre temas tan manipulados desde el punto de vista ideológico como la Monarquía, la bandera, el Ejército, las relaciones con la Iglesia o con la derecha, etc.”. En detalle, se afirmaba “sobre la Monarquía, el Partido Comunista de España, que es republicano, ha realizado un enfoque del tema en función de las coordenadas concretas de hoy. Si la Monarquía favorece la consolidación de la democracia, el logro de una Constitución que configure una democracia parlamentaria, el Partido Comunista consideraría un grave error poner en peligro el proceso democrático, cuestionando la forma de gobierno (...). Mientras la Monarquía no sea obstáculo a la ejecución de lo que el pueblo democráticamente decide, el Partido Comunista no cuestionará la actual forma monárquica de gobierno”. Y, en lo que concierne a la otra concesión se afirmaba que “sobre el tema de la bandera el Partido Comunista tomó en abril de 1977 la decisión de adoptar, junto a la bandera roja del Partido Comunista de España, la bandera roja y gualda del Estado. Una decisión normal que ayudó a crear un nuevo clima de comprensión entre la izquierda y ciertas instituciones y que por lo demás ha sido adoptada por la inmensa mayoría de las fuerzas políticas” (Noveno Congreso del Partido Comunista de España, 1978, p. 344).

Aunque se reconoció la generosidad del gesto, el realismo de la decisión, la importancia de estas concesiones para el proceso democrático en España, muchos criticaron la decisión del PCE. Sin embargo, la crítica más grande era relativa a la forma, a la manera en la que fue tomada una decisión de tal importancia y calda, sin discusión y “*sin referéndum interno*”.

### **El PCE y las primeras elecciones**

Tras la legalización, el PCE podía participar, con mucha expectativa, a las primeras elecciones democráticas. El Partido esperaba repetir las huellas del PCI, postulándose, en principio, como partido alternativo, soñando, en un futuro cercano, poder contar con el mismo peso político. En un

clima de gran expectativa, el PCE volvía a ser un partido legal tras una larga etapa de satanización y demonización: “os han dicho que éramos el demonio; podéis ver que ni huelo a azufre, ni tengo rabo o pezuñas” (S. Carrillo, 1993, p. 668). No obstante, esta expectativa se vio defraudada por los resultados de las elecciones del 15 de junio de 1976, donde el PCE descubrió tener una notable extensión, pero un corto porcentaje. Llenaba plazas de toros, estadios, polideportivos, abarrotados por multitudes, pero no las urnas.

Previamente a las elecciones, el Partido realizó un enorme esfuerzo, dando vida a una campaña electoral intensa y amplia: “su propaganda electoral ha sido masiva en pintadas, carteles, murales, octavillas. Hasta en el último rincón. Su presencia en toda clase de manifestaciones y marcha se produjo siempre masiva y esencial. Sus actos públicos (...) fueron los primeros y los más numerosos en la provincia y barriadas de la capital (...). A esta organización y despliegue de medios económicos y personales, no respondió proporcionalmente el cuerpo electoral. A pesar de esta puesta en marcha de colosal propaganda con carácter nacional, han podido comprobar, una vez más, que es más fácil llenar las plazas de toros de gente y las calles de banderas y gritos que las urnas de votos” (F. Soler Fando, 1978, p. 156). A demostración del clima de confianza que imperaba, antes de las elecciones el PCE se autoproclamaba “el principal partido de la clase obrera y del pueblo trabajado (...) todo observador objetivo lo reconoce (...). [Por lo tanto] ganar millones de votos para las candidaturas del PCE y su programa es un objetivo real dada nuestra influencia en grandes sectores del pueblo” (*Mundo Obrero*, 1977).

Para el PCE, las elecciones tenían gran importancia ya que, entre otras cosas, servían para comprobar el “peso específico político” del partido, moviendo de la idea de que este ya estuviera firmemente instalado en la sociedad civil española. Lamentablemente los resultados no fueron esperanzadores, demostrando la equivocación de los análisis hechos por el partido. Mientras el PSOE volvió a recuperar la hegemonía dentro de la izquierda, los resultados del PCE estuvieron lejos de sus propias expectativas –y de los socialistas. Obtuvo el 9,2% de votos, equivalente a 20 escaños<sup>3</sup>. El PCE descubría, amargamente, que su peso político era reducido y que tenía que realizar un atento análisis de estos resultados.

No cabe duda que los resultados de las elecciones de 1977 causaron una decepción profunda en todos los comunistas, en los militantes y en el grupo dirigente. Es probable que sea cierto lo que afirmaba Azcárate, que los éxitos del PSOE hacían más sufrida la decepción del PCE: “lo que más le dolió a Carrillo es que el PSOE salía como el gran vencedor en las elecciones. Y que el PSUC, que era parte del PCE pero con actitudes independientes y poco disciplinadas, había obtenido el doble de votos que el PCE en conjunto: PSUC, 18,4% frente al 9% del PCE” (M. Azcárate, 1998, p. 160). ¿Cómo explicar estos resultados? Era evidente que el partido tenía que empezar una fase de autocrítica, cuestionando sus propias responsabilidades. Sin embargo, el diagnóstico que ofreció el partido pecó de dos errores, consecuencia del excesivo optimismo y de la voluntad de “evitar” que el partido se hundiera aún más: por un lado, se subrayaba que comparativamente, el partido había obtenido un resultado mejor que la extrema derecha, que el de Alianza Popular: se trataba de interpretarlo como algo positivo ya que demostraba “la inclinación hacia la izquierda” de los españoles, tanto que Carrillo calificó el resultado electoral “de francamente positivo para las fuerzas democráticas y de izquierdas” (F. Claudín, 1983, p. 260). Por otro lado, se intentaba demostrar que una línea más radical hubiera llevado a un peor resultado electoral y que, por lo tanto, la línea moderada sostenida por el partido resultaba positiva, le daba un resultado esperanzador.

Sin embargo, varios factores pueden explicar este resultado: en primer lugar, el temor respecto a la postura del PCE, tanto que, como escribió *Nuestra Bandera*, “el miedo fue un freno directo al voto comunista”. Además el PCE contó con una campaña electoral más corta que otros

<sup>3</sup> Ante este porcentaje, merece la pena recordar que el PCI en su primera participación en unas elecciones democráticas, en 1945, alcanzó el 18,97% de votos (4.356.686 votos), que se tradujo en 104 escaños. Por su parte, análogamente, en 1946, el PCF obtuvo el 26,3% de votos, 159 escaños. El dato del PCE resultaba aún más decepcionante si se compara con los porcentajes del PCI y el PCF durante la etapa eurocomunista y de aquellos mismos años: el PCI obtuvo un 34,4% de votos en 1976 y un 30,4% de votos en 1979, mientras, en 1977, el PCF alcanzaba un 20,6% de votos.

partidos, ya que empezó con retraso debido a la tardía legalización del partido: “en pocas semanas tenía que deshacer una propaganda de cuarenta años que había imputado a los comunistas todos los pecados imaginables” (M. Azcárate, 1977 p. 5-7). En segundo lugar, dentro del mismo PCE, algunos atribuían sus decepcionantes resultados electorales al peso de la imagen autoritaria y filo soviética que la propaganda anticomunista seguía promoviendo, intentado demostrar la existencia de un fuerte vínculo de dependencia con Moscú (*Mundo Obrero*, 1977, p 3). En tercer lugar, algunos interpretaron el resultado como consecuencia de la disminución de la política de presión del PCE, acusándole de representar una “oposición más blanda, difuminada” que el PSOE. Se cuestionaba el exceso de moderación del que hablamos anteriormente. Y, por último, la imagen del Partido seguía ligada no sólo a la lucha antifranquista sino también a la guerra civil. El PCE presentaba candidatos y cabeceras electorales ligadas a un pasado que parte de la sociedad civil española quería enterrar, olvidar. Para muchos, el error del PCE fue presentar, para una España en transición y preocupada por su futura, a figuras demasiado relacionadas a un pasado por muchos aspectos nefastos, sin proceder a una renovación del partido, tanto que “era creencia general que si en vez de desenterrar las viejas figuras de la guerra pasada hubieran sido los Tamames y Camacho las cabezas visibles de la campaña, ésta hubiera podido romper el círculo de recuerdos ingratos e incompatibilidades que delimitaban el entorno del partido a los meros afiliados y hubiera podido nutrirse en abundancia de este sector, superior al 20%, de electores vacilantes de última hora que, finalmente, votaron su rechace al pasado, acreciendo con sus votos en turbión al PSOE” (F. Soler Fando, 1978, p. 149).

El resultado de las elecciones dejaba claro que el espacio político del PCE era mucho más reducido de lo que esperaba y que sus expectativas dejaban presagiar. Eso determinó tensiones internas y frustraciones de expectativas. El Partido tenía que reflexionar y cuestionarse, preguntándose: ¿qué hacer? ¿Endurecimiento o más concesiones? El PCE se encontraba frente a un *aut aut*, un dilema: podía abogar por un “giro a la izquierda”, no sólo en su discurso como en la práctica, intentado mostrar nuevamente una actitud de “ruptura” más que “reforma”; o insistir –e incluso acentuar– su política de concesiones y consenso, buscando un mayor entendimiento con la UCD de Suárez al fin de aislar el PSOE. Pues, la consecuencia de la gran frustración por el resultado electoral fue una aplicación particularmente derechista del eurocomunismo, decidiendo situarse en posiciones más moderadas que el PSOE. Ante este dilema, el Partido decidió profundizar la “línea moderada”, asumiendo una tendencia derechista que, para muchos, perjudicó del todo al proyecto eurocomunista: “aún más grave fue otra consecuencia (de la derrota electoral) para el PCE: para aumentar nuestra influencia electoral debíamos inclinarnos hacia la derecha. Con los pasos a la derecha que ya habíamos dado, el flirt con Suárez para alcanzar la legalización, ahora la conclusión que Carrillo sacaba de las elecciones era la necesidad de acentuar esa orientación. Fue un gravísimo error, porque nos íbamos alejando de algunas señas de identidad que eran consustanciales a nuestra razón de ser” (M. Azcárate, 1998, p. 161).

### Los Pactos de la Moncloa y la Constitución de 1978

Frente a los decepcionantes resultados, la nueva línea política que el PCE decidió adoptar fue la llamada “concentración democrática”, aprobada en el Comité Central del 25 y 26 de julio de 1977, y presentada como lógica continuación del pacto para la libertad. El objetivo era el mismo: acrecentar el peso político del partido y, a la vez, obtener mayor credibilidad democrática. Por eso, se proponía nuevamente un amplio consenso, la creación de un pacto entre las principales fuerzas políticas del país para democratizar los aparatos del Estado, elaborar una Constitución democrática y ofrecer una respuesta conjunta a la grave crisis económica. El PCE seguía abogando por el consenso, la creación de un gobierno de “concentración democrática” capaz de enfrentarse a los desafíos que el nuevo Estado planteaba y de defenderse del peligro involucionista. Aún así, guardaba la esperanza de recuperar los votos –y el espacio político– perdidos en beneficio del PSOE.

Ejemplo de esta “voluntad pactista” fue la firma de los Pactos de la Moncloa, episodio que suscitó ásperas polémicas en el seno del PCE. Los Pactos fueron firmados con el objetivo de solucionar la crisis económica que achacaba el país. Brevemente, podemos afirmar que por un lado el Gobierno obtenía la posibilidad de congelar los salarios, aumentar la presión fiscal y reducir el gasto público. Por su parte, a cambio, se comprometía a realizar cambios en la educación y en la Seguridad social, a realizar una improrrogable reforma fiscal y del sistema financiero nacional, a

llevar a cabo unas urgentes reformas políticas. Para el PCE, se trataba de una importante ocasión político-económica: por un lado, se interpretó como la posibilidad de alcanzar un pacto político con trascendencia económica y que representase el punto de partido del futuro gobierno democrático de concentración; por otro lado, ofrecía al partido la posibilidad de acercarse a Suárez al fin de aislar a los socialistas. El PCE soñaba de jugar un papel más importante de aquel que los resultados electorales le daban; esperaba poder incidir en la transición de forma decidida a pesar de contar con poco más que un 9 por ciento de votos. Sin embargo, para el Gobierno de Suárez se trataba más bien de un plan económico necesario para garantizar la paz social en vista de grandes recortes y posibles medidas impopulares. De esa manera, paradójicamente, el PCE se convirtió en el paladín de estos pactos, presentándolos como una victoria de sus propuestas: “jalón trascendental”, en palabras de Tamames al terminar la primera reunión de la Moncloa o “viraje total de la situación política española” según Pilar Brabo. El PCE se esforzó en mostrarlos como “la salida de la crisis” no sólo económica como política, abriendo un intenso debate en el seno del Partido.

La Constitución de 1978 representa otro ejemplo de la política de consenso del PCE, mostrando como el Partido seguía considerando necesaria la consolidación de la democracia para, sucesivamente, poder avanzar en el camino hacia el socialismo. Como afirmaba Jordi Solé Turá, representante comunista en la elaboración de la Constitución, “el primer objetivo nuestro ha sido el contribuir a hacer una Constitución que consolide la precaria democracia actual y que permita abordar con éxito la doble tarea antes comentada: acabar de dismantelar el franquismo y realizar la reforma democrática de los aparatos del Estado”, explicando la necesidad de una democracia fuerte para poder avanzar hacia el socialismo: “El socialismo en la democracia y la revolución de la mayoría implican la conquista de una auténtica democracia formal y la posibilidad que desde esta democracia es posible avanzar, con la movilización activa de la mayoría, hacia cambios sociales, económicos y políticos en profundidad que configuren lo que en nuestros programas denominamos la democracia política y social” (J. Solé Tura, 1978, pp. 11-12). La participación del PCE en la elaboración de la Constitución estaba motivada por la voluntad de evitar una “deriva derechista” de la misma y garantizar, a la vez, el reconocimiento de cualquier partido democrático. Asimismo, el PCE deseaba la aprobación de una Constitución flexible y abierta, considerándola, cara al futuro, como un marco en el que actuar para la transformación socialista de la sociedad española: un texto que pudiera permitir avanzar hacia el socialismo *constitucionalmente*. El mismo Carrillo, en el Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1978, en la Comisión Constitucional del Congreso, subrayaba el apoyo del partido a la misma en cuanto recogía “una serie de principios democráticos fundamentales”, conteniendo, a pesar de su carácter conservador “el mérito de no cerrar las puertas a los cambios estructurales, de no declarar, en definitiva, inconstitucionales, los cambios sociales que mañana podría reclamar la soberanía popular. Por eso nosotros no vemos en el proyecto de Constitución ningún obstáculo fundamental a la realización de nuestros ideales” (S. Carrillo, Barcelona, 1978, pp. 66-68). Obviamente, uno de los puntos críticos era la aceptación del PCE de la Monarquía por Constitución: al igual que en ocasión de la legalización, Carrillo reiteró que “mientras la Monarquía respete la Constitución y la soberanía popular nosotros respetaremos la Monarquía” (S. Carrillo, Barcelona, 1978, pp. 71).

En los Congresos siguientes, el PCE siguió avanzando en esta línea y en el IX Congreso, decidió abandonar al leninismo<sup>4</sup> como fundamento teórico del partido: la decisión generó un fuerte malestar y un intenso debate. Al igual que otras decisiones de gran relevancia, fue tomada de forma unilateral por Carrillo y anunciada a la prensa durante su “gira” por los Estados Unidos, sin un debate teórico previo. El X Congreso del PCE se celebró a finales de julio de 1981 y será el último “eurocomunista”, cerrando de esa manera una etapa del partido. Tras la grave derrota electoral de 1982, empezó un periodo de expulsiones y división del partido, con consecuente arrinconamiento del proyecto eurocomunista. El objetivo del X Congreso era doble: reafirmar y relanzar la política eurocomunista tras el V Congreso del PSUC —que puso de manifiesto la división del Partido entre los llamados banderas blancas (eurocomunistas o eurorenovadores), los prosoviéticos (también conocidos como dogmáticos, sectarios o afganos) y los leninistas (los conciliadores o oficialistas)— y emprender un proceso de renovación del partido para intentar recuperar la relación con la base.

<sup>4</sup> El Partido ya había prescindido del concepto de Dictadura del Proletariado, que, apareció, por última vez, en el VIII Congreso del PCE, celebrado en 1972.

Este último punto parecía de gran importancia ya que, como en el caso del PCI y, sobre todo, del PCF, era evidente “la incompatibilidad entre los propósitos de llevar adelante una política eurocomunista desde un partido monolítico, cuyas reglas de funcionamiento permanecen aún anquilosadas en la versión estaliniana del centralismo democrático” (A. Elorza, 1981). El Congreso, en el que fue visible la preeminencia del sector oficialista, supuso el último intento de defender la política eurocomunista considerando que “la reforma democrática del Estado, concebida como una penetración en éste de los intereses populares (...) se convierte en un punto esencial de la estrategia eurocomunista hacia el socialismo” (Tesis aprobadas en el X Congreso del PCE, p. 34). No obstante, Carrillo seguía considerando el eurocomunismo “como dogma ligado a una concepción comunista cerrada e identificado con su liderazgo indiscutible” (A. Elorza, 1995, pp. 30-31).

### **El PCE eurocomunista**

En el caso de España, la postura eurocomunista favoreció la implantación y consolidación del Partido Comunista en el país, tras la adopción de la democracia como valor irrenunciable en el camino hacia el socialismo, en su discurso y línea política. El PCE eurocomunista pudo ofrecer su contribución al establecimiento y a la consolidación de la democracia, mostrando una postura responsable en algunos momentos críticos como la matanza de los abogados laboristas en Atocha o el tiempo que pasó hasta su legalización. Otro ejemplo de madurez y responsabilidad del PCE fue el intento de Golpe de Estado del 23 febrero, episodio que mostró “la necesidad de un Gobierno de concentración democrática como pedía el PCE”. El PCE halagaba su labor de consolidación de las instituciones democráticas y la defensa de la misma, aunque advertía del peligro de posibles retrocesos autoritarios. Ensalzando la “cooperación democrática” de estos años, el PCE intentaba demostrar el acierto de su política de consenso y conciliación. En tema de organización del partido, se reconocía la necesidad de prestar “la atención necesaria a las tareas de construcción del nuevo Partido de masas” y de garantizar un “funcionamiento plenamente democrático del mismo”. En general, “estos partidos consiguieron bajo el signo del eurocomunismo reformas que redundaron en la calidad de vida, en el caso de España implicó llegar a la constitución, reforma de la policía, abolición de la pena de muerte, ilegalización de la discriminación sexual, acceso a métodos anticonceptivos y despenalización moral. Mientras en Italia, supuso un refuerzo de las regiones, mejoras en el urbanismo, alquileres justos, favorecer las viviendas públicas, salud mental, sanidad, legalización del aborto, expansión de servicios, aunque estas medidas fueron, en parte, invalidadas por la corrupción endémica del partido en el poder” (G. Elley, 2003, p. 408). El mismo autor subrayaba que “la moderación de Carrillo, el reconocimiento de la monarquía, el carpetazo dado a la Asamblea constituyente, la aceptación de la continuidad en la judicatura y administración civil, hizo que no pudiese, en condiciones de democracia darse la estrategia eurocomunista en un partido estalinista. Muchos militantes del PCE consideraban al PCI tendría que representar ‘un espejo’ en el que reflejarse”.

El final del eurocomunismo fue lento y no siguió un mismo tempo en los diferentes partidos. Aunque duró hasta principios de los años ochenta, sus últimas actuaciones públicas fueron en mayo y junio de 1979 en los encuentros bilaterales en Turín y Roma con el PCI como anfitrión. Si el PCF, fue el primero en “abandonar el barco”, PCI y PCE tardaron más<sup>5</sup> y cada uno según las peculiaridades de su situación: el PCI seguía representando la alternativa de Gobierno principal pero incapaz a alcanzar el poder de realizar el *sorpasso*. Su ruptura, más tardía y dolorosa, no significó una vuelta al pasado y el restablecimiento de “plenas relaciones” con Moscú, sino más bien el alejamiento del proyecto comunista, cuya culminación fue la *svolta della Bolognina*. Frente a los escasos resultados del compromiso histórico, el PCI emprendió un camino de acercamiento a la

---

<sup>5</sup> El 10 de mayo de 1980, Berlinguer asistió al sexagésimo aniversario del PCE en Las Ventas de Madrid. “Enrico Berlinguer leyó en italiano su discurso, interrumpido en múltiples pasajes con clamores y aplausos. El secretario del ‘Partido Comunista más poderoso del mundo capitalista’ –como diría luego Carrillo– abogó por el reforzamiento de los lazos que unen a ambos partidos dentro de su independencia y autonomía; subrayó la importancia de las tesis eurocomunistas para la paz, el desarme, la amistad y la cooperación de los pueblos, y presentó un análisis de la situación política actual en su país, entre otras cosas”. Noticia publicada en el *ABC*, domingo 11 de mayo de 1980.



socialdemocracia, marcando distancia con la URSS y con el PCF, como demostró la condena al golpe militar en Polonia.

En el caso del PCE, el fracaso del experimento eurocomunista produjo la implosión del partido comunista de España: tras los malos resultados electorales, las divergencias internas aumentaron con resultados dramáticos para la supervivencia del partido, hostilmente dividido en su interior entre eurocomunistas, renovadores, prosoviéticos y leninistas. El PCE se dividió “en facciones en pugna, reflejo de fisuras más amplias en el movimiento comunista internacional. Su facción dominante trató de competir con los socialdemócratas españoles arrojando el leninismo de su plataforma, al propio tiempo que intentaba combinar su continuada adhesión al marxismo con un compromiso explícito para la democracia” (Z. Brzezinski, 1989, p. 185).

Como por el eurocomunismo, no hubo una sola causa, sino una serie de factores que determinaron la crisis del PCE, entre ellos: en primer lugar, la excesiva moderación del partido, tanto que “abandonar el marxismo es una de las pocas cosas que no ha hecho el PCE en sus esfuerzos por mejorar su imagen política (...). Como en 1977, también en 1978 el PCE resultó ser el campeón de la moderación. Carrillo ha sido el mejor valedor de Suárez” (R. Carr, y J. P. Fusí, 1979, p. 316). Sin embargo, esta moderación tuvo un precio: “el PCE ayudaba generosamente a la consolidación de un régimen liberal-democrático, pero se hundía en contradicciones que tendrían que estallar en algún momento” (J. Sánchez Rodríguez, 2004, p. 40). Igualmente algunos críticos apuntaban las contradicciones de este proceso: “en España, durante cinco años (desde la muerte de Franco) se había intentado lo imposible: una Monarquía sin monárquicos, un marxismo sin Marx, un comunismo sin Lenin, un capitalismo con el máximo intervencionismo estatal...” (R. Calvo Serer, 1982, p. 211). Moderación, frustración electoral, crisis: “el PCE se encontraba imposibilitado para avanzar hacia el socialismo, tampoco era un elemento condicionante en la vida política y, finalmente, no conseguía defender los intereses de la clase que representaba” (J. Sánchez Rodríguez, 2004, p. 43). Asimismo, debido a su actitud extremadamente moderada y poco renovadora, se acusaba críticamente el partido de tirar “por la borda buena parte de la veracidad política que había en él, conquistada milímetro a milímetro por los sacrificios de sus militantes, al presentar su dirección como nuevos avances democráticos cada concesión a los intereses políticos de la derecha social” (J. R. Capella, 2005, p. 202).

En segundo lugar, era evidente la necesidad de renovación de su dirección, de nuevos mecanismos de democracia interna. En los setenta se escenificó la separación entre la base y la dirección ya que los militantes no compartían en pleno el cambio político-estratégico emprendido por el partido, marcado por la moderación y renuncias, considerándolo si útil a la estabilización democrática del país pero también un intento de incrementar el atractivo electoral del partido. Al mismo tiempo, la militancia seguía descontenta por la escasa democratización del partido en su interior y por el centralismo de Carrillo. En términos generales, se argumentaba que “el eurocomunismo fue un intento de potenciar el atractivo electoral del comunismo disociándolo de su identificación con la represión y el atraso económico soviético” (R. Pipes, 2002). La militancia acusaba al grupo dirigente de escasa receptividad de las demandas de los nuevos movimientos sociales y del distanciamiento de los intelectuales del partido. En el documento *Por el eurocomunismo y la renovación* (o *Documento de los 250*), los renovadores pedían “la profundización de la política eurocomunista y la renovación del partido”, reconociendo “un creciente desfase entre las formulaciones políticas del PCE y su realidad interna” (P. Vega, Pedro y P. Erroteta, 1982, p. 311). En el documento se criticaba la gestión del partido que estaba desvirtuando el proyecto eurocomunista, mostrando “una alarmante propensión a la ambigüedad y al tacticismo” junto con “una enorme falta de sensibilidad ante importantes aspectos de la lucha ideológica y política de la España de hoy”. Probablemente, aquí estuvo uno de los errores del PCE eurocomunista, el de no comprender que “para el desarrollo del eurocomunismo, la cuestión del partido, de un nuevo tipo de partido marxista, se ha convertido objetivamente en una cuestión crucial, y no sólo en España” (M. Azcárate, 1982, p. 334). La dirección del PCE siguió sin permitir una amplia participación de la base, imponiendo las decisiones transcendentales desde arriba, sin participación en el debate y en las decisiones. Lo reconoció tardíamente el mismo Carrillo, cuando afirmó que “el error fundamental es que el Partido ha estado haciendo política por arriba y hacia arriba”.

Y en tercer lugar, era evidente la necesidad de una renovación ideológica real: la modernización propuesta por Carrillo era más teatral que efectiva, insuficiente, “lo más parecido a una ‘revolución desde arriba conservadora’— cambio de fachada pero sin tocar los mecanismos del poder” (M. A. Perfecto y J. García, 1996, p. 250). La falta de atrevimiento, por un lado, y el miedo a ser marginado, hicieron que el PCE asumiera una postura tan moderada que, para algunos, ni siquiera diferenciaba de la PSOE.

Por eso, el declive electoral fue acompañado por dos eventos traumáticos: la crisis de los renovadores con expulsiones y más fracturas; la dimisión –autoexclusión– de Carrillo. En la última etapa eurocomunista, la vida del PCE se caracterizó por el abandono de figuras de primera plana del partido, por expulsiones y tensiones dentro de su organización.

## Conclusión

Concluyendo, la adopción del eurocomunismo por parte del PCE fue casi un “camino obligado” ya que el partido había entendido que, tras la dictadura de Franco, “sin una fuerte infusión de libertad”, el socialismo no había ninguna posibilidad de ganar. Si el propio PCE descartaba como inviable la vía insurreccional para pasar al socialismo en las condiciones políticas y sociales de la Europa occidental, era evidente que la vía democrática también mostraba sus dificultades. El desconcierto por tal situación tuvo su reflejo en el fracaso del eurocomunismo. Aún así, para el PCE, participar en el proyecto eurocomunista tuvo gran importancia: “el eurocomunismo, es sin lugar a dudas, la estrategia política de carácter internacional en la que el PCE ha jugado el papel más importante de toda su historia, ya que no sólo fue un fiel seguidor de la línea marcada por los comunistas italianos, sino que introdujo sus propios elementos de debate, a la vez que aplicaba dicha política en los últimos años de la lucha contra Franco y en los años de la transición hasta su legalización en abril de 1977” (Bueno, 2004, p. 107).

El PCE fue, probablemente, el más eurocomunista de los tres, pero no tanto por convencimiento en la nueva estrategia o por confianza en los progresos político del PCI, sino más por interés en consolidarse en España como fuerza opositora, alternativa válida para luego competir para alcanzar el Gobierno. En general, en el caso de España, la valoración del eurocomunismo resulta influida por el peso de la transición, es decir, resulta tan negativo, e incluso deformado, por la frustración de la política adoptada por el partido durante la transición. Mientras algunos culparon al PCE de haber asumido una postura excesivamente derechista, otros le reprocharon el exceso de estalinismo dentro del partido. La valoración de la experiencia eurocomunista no se desliga de la apreciación de la política interna. Era evidente que el partido no había consumado esta democracia que tanto invocaba. El juicio al eurocomunismo se asocia, sobre todo, a las figuras de Carrillo y de la dirección ortodoxa del partido, a su gestión personalista del poder, su control y mando sobre el Comité Central. El PCE se caracterizó por la falta de democracia interna tanto que se decía que el PCE carrillista era “eurocomunismo puerta fuera y estalinista dentro”. Y también padecía otra debilidad: el Partido Comunista español anhelaba ser como el PCI y poner a los socialistas en segunda plana. No obstante, el resultado electoral demostró que esta visión era demasiado optimista y viciada por la falta de conocimiento de la realidad nacional.

Finalmente, el eurocomunismo, que se presentaba como punto de partida hacia una nueva etapa, se convirtió en punto de llegada. Como dijo con clarividencia Bettino Craxi en una famosa entrevista: “*certo, l'eurocomunismo ha suscitato grande interesse, ma come tutte le grandi speranze che non si realizzano, rischia di suscitare grandi delusioni*” (*Le Monde*, 4 de septiembre de 1977). El eurocomunismo terminó siendo el canto del cisne preconizado por Claudín en su libro *Eurocomunismo y socialismo*, incapaz de encarnar la tercera vía entre el modelo de los países del “socialismo real” y el modelo socialdemócrata. La crisis de los Partidos Comunistas de Europa occidental coincidió con una profunda crisis del marxismo en general, plantrando a la extrema izquierda de estos países un importante interrogativo: ¿aún sirve el comunismo hoy en día?

## Bibliografía

- Azcárate, M: “Nace una democracia”, *Nuestra Bandera*, número 87, 1977.
- Azcárate, M.: *Crisis del eurocomunismo*, Barcelona: Argos Vergara, 1982.
- Azcárate, M.: *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo*, Madrid: Ediciones El País, 1998.
- Bobbio, R. *et al.*: *Gramsci y el Eurocomunismo*, Barcelona: Materiales, 1978.
- Brzezinski, Z.: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Madrid: Maeva Lasser, 1989.
- Bueno M. (coord.): *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, Madrid: FIM, 2004.
- Calvo Serer, R.: *Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo*, Madrid: Unión Editorial, 1982.
- Capella, J. R.: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid: Editorial Trotta, 2005.
- Carr, R. y Fusi, J. P.: *España de la dictadura a la democracia*, Barcelona: Planeta, 1979.
- Carrillo, S.: *De la clandestinidad a la legalidad*, Roma: Partido Comunista de España, 1976.
- Carrillo, S.: *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona: Crítica, 1977.
- Carrillo, S.: *El año de la Constitución*, Barcelona: Crítica, 1978.
- Carrillo, S.: *Memoria de la transición*, Barcelona: Grijalbo, 1983.
- Carrillo, S.: *Memorias*, Barcelona: Planeta 1993.
- Claudín F.: *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general*, Barcelona: Planeta, 1983.
- Elley, G.: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona: Crítica, 2003.
- Elorza, A.: “La clave: el Partido, como problema”, *Mundo Obrero*, número 128, 5-11 de junio 1981.
- Elorza A.: “El Eurocomunismo”, *Cuadernos del Mundo Actual*, volumen 84, Madrid, 1995.
- Ibarruri, D. -Carrillo, S. y otros: *La propuesta comunista*, Barcelona: Laia, 1977.
- Kriegel, A.: *¿Un comunismo diferente?*, Madrid: Ediciones Rialp, 1979.
- Morán, G.: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona: Planeta, 1986.
- Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Madrid: Partido Comunista de España, 1978.
- Mundo Obrero*, 19 de enero de 1977.
- Mundo Obrero*, del 22 de junio de 1977.
- Perfecto, M. A., y García, J.: “‘Nuestra Bandera’. La transición doctrinal del comunismo español y el Eurocomunismo, 1975-1979. Historia de un fracaso” en J. Tusell editores: *Historia de la transición y consolidación democrática en España: 1975-1986*, Madrid: UNED y Universidad Autónoma, 1996.
- Pipes, R.: *Historia del Comunismo*, Barcelona: Grijalbo Mondadori, 2002.
- Sánchez Rodríguez, J.: “Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982” en Bueno, M. (coord.): *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, Madrid: FIM, 2004.
- Solé Tura, J.: “La Constitución y la lucha por el socialismo”, en *Nous Horizons*, número 40, febrero de 1978.
- Soler Fando, F.: *Eurocomunismo y España*, Valencia: Prometeo, 1978.
- “Por la transformación democrática del Estado” en *Tesis aprobadas en el X Congreso del PCE*, folleto, p. 34.
- Vega, P. y Erroteta, P.: *Los herejes del PCE*, Barcelona: Planeta, 1982.